

LA MUERTE DE STALIN

TRADUCCIÓN DE AURELIO ASIAIN

HASTA HACE MUY POCO, LA MUERTE DE STALIN ESTABA CUBIERTA por un velo de misterio. Su heredero Jruschiov y, más tarde, su hija Svetlana Alliluyeva, lo encontraron ya inconsciente, agonizante, unas cuantas horas antes de su muerte. Hoy sabemos por fin cómo murió. Sus guardias, que todavía defienden a su amo muerto hace 35 años, han reunido unas memorias colectivas que, dejando a un lado la simpatía política de sus autores, tienen un enorme valor histórico.

Varios días antes de su muerte, el 28 de febrero de 1953, Stalin invitó a Beria, Malenkov, Bulganin y Jruschiov al Kremlin a ver una película. Fue el último encuentro con sus más allegados, y ese hecho, junto con los aullidos ebrios de su hijo Vasily —“¡Mataron a mi padre!”—, ha servido de base a la teoría de que a Stalin lo mataron sus aliados —teoría cada vez más aceptada en la Unión Soviética. Habría sido un triunfo, aunque tardío, de la justicia histórica. Como dijo Thomas Jefferson, “El árbol de la libertad debe alimentarse de tiempo en tiempo con la sangre de patriotas y tiranos”. Pero, ay, durante los treinta años de la tiranía de Stalin —por lo menos hasta fines de febrero de 1953— nadie trató nunca de asesinarlo, mientras que él mismo mató a millones de enemigos y conspiradores imaginarios. ¿Será que el arte de una autocracia afortunada es precisamente ese: el de anticiparse a los enemigos potenciales y descubrir las conspiraciones antes de que surjan?

Las sesiones cinematográficas del Kremlin, como las fiestas que las seguían, eran acontecimientos rutinarios cuyas listas de invitados indicaban el favor o desfavor de Stalin hacia su cohorte. El periodo anterior, había dejado de invitar a Molotov, que era la lealtad encarnada y había aceptado sin dificultad que arrestaran a su esposa por sus lazos con el sionismo (había asistido a la recepción ofrecida por Golda Meir, embajadora del recién nacido Estado de Israel). Aún después de la muerte de Stalin, Molotov protestó por las revelaciones de Jruschiov; por eso fue expulsado del Partido, al que sería reincorporado poco antes de su muerte. Murió en 1986 a los 96 años, siendo un stalinista convencido y señalado cuyo fervor no disminuyó luego de 30 años de servir al déspota. Y al mismo tiempo, Stalin sospechaba que era “un agente del imperialismo norteamericano”, sin otra base que el rumor de que, estando en Norteamérica, Molotov había viajado de Washington a Nueva York en un vagón de tren personal. ¿Cómo se había podido dar ese lujo? Tenía que haberse vendido a los americanos. Stalin le envió un telegrama a Vyshinsky, el embajador soviético en las Naciones Unidas. Vyshinsky respondió inmediatamente que las vías de ferrocarril eran propiedad privada en los Estados Unidos, que Molotov nunca había tenido un

vagón particular... y que, en primer lugar, en Norteamérica nadie hacía cosas como esa. Con todo, Stalin dejó de invitar a Molotov a las proyecciones; como dijo Jruschiov, había sido “suspendido”. Por si fuera poco, estaba casado con “una agente del sionismo mundial”. Su destino estaba sellado, como el de otros dos miembros del Politburó, Mikoyan y Voroshilov. También habían dejado de ser invitados: Stalin creía que eran espías británicos. Cuando Jruschiov cuenta las suspicacias de Stalin, explica que su propósito es explicar “la situación, las desilusiones que Stalin sufría en la etapa final de su vida”. Si hubiera sido lo único que pasara en su etapa final...

Cuando la proyección terminó, los cinco —Stalin, Beria, Malenkov, Bulganin y Jruschiov— fueron a la “Dacha Cercana”, la de Kuntzevo, más cercana a Moscú que las otras dachas de Stalin. Según Jruschiov, la cena se alargó hasta las cinco de la mañana; según sus guardias, Stalin se quedó solo hacia las cuatro. Lo último que Jruschiov recuerda es a Stalin encaminando a sus invitados al recibidor y lanzándole juguetonamente a él mismo un gancho al estómago. Llamaba a Jruschiov “Mikita”, lo que era un buen signo. “Siempre que estaba de buenas me llamaba ‘Mikita’, como se dice ‘Nikita’ en Ucrania”.

Una vez idos los invitados, Stalin les dio una sorpresa a sus guardias. “Me voy a dormir”, dijo. “Ya no los necesito. Váyanse también a dormir”. Nunca había dado semejantes órdenes.

La tarde del primero de marzo, los guardias advirtieron que no había ningún movimiento en el estudio y las habitaciones de Stalin. Se preocuparon, pero más o menos a las 6:30 p.m. las luces se encendieron en el estudio y en la sala. Tuvieron un respiro de alivio, y esperaron que Stalin llamara a alguno. Pero no ocurrió nada. Estaba oscureciendo rápidamente. Las 7, las 8, las 9, las 10. Los guardias ya estaban preocupados: era evidente que la rutina diaria de Stalin se había roto. No importaba que fuera domingo: el fin de semana su rutina era la misma. Hacia las diez y media, empezaron a sospechar: algo estaba mal.

P. Lozgagev, Comandante Delegado de la Dacha, escribe: “Starosin, que era mi comandante, seguía insistiendo en que yo debería ir a ver a Stalin. Usted es mi superior, le dije; a usted le toca. Y así seguimos discutiendo, pasándonos la pelotita.

“Hasta que llegó el correo, y nos dio un pretexto para ir a verlo. Recogí las cartas y fui confiadamente a reportarlas. Pasé por un par de cuartos, pero a Stalin no se lo veía por ningún lado. Sólo al final me asomé al comedor pequeño. El espectáculo era horrible. Me quedé completamente helado; el cuerpo no me obedecía. Stalin yacía en la alfombra, cerca de la mesa, apoyándose en el brazo de un modo muy raro. Aún estaba consciente pero no podía hablar. Sin embargo, ha de

haber oído mis pasos, y parecía estar llamándome con la mano apenas levantada. Corrí hacia él: '¿Qué pasa, Camarada Stalin?' En respuesta, oí un sonido incoherente, algo así como 'zzz'. Había un reloj de bolsillo en el suelo, y un ejemplar de *Prauda*; en la mesa vi una botella de agua mineral y un vaso.

"Llamé con urgencia a Starosin, Tukov y Butusova por el interfon. Vinieron rápidamente. Alguien preguntó: '¿Quisiera que lo ayudáramos a subir al sofá, Camarada Stalin?' Asintió con un leve movimiento de cabeza. Lo llevamos juntos al sofá del comedor. Llamamos inmediatamente a Ignatov a la KGB, pero era demasiado cobarde y nos envió con Beria. Tuvimos que trasladar a nuestro paciente a la sala grande. También lo hicimos juntos, y luego lo tendimos en el sofá y lo cubrimos con una manta. Parecía como si estuviera temblando de frío; debía de haber estado tirado allí, desamparado, desde las 7 o las 8 p.m.. Me quedé junto a la cabecera para atenderlo."

M. Starosin, Misiones Especiales, relata: "Llamé a Malenkov de inmediato para decirle que el Camarada Stalin estaba enfermo. Luego de una media hora, Malenkov llamó de vuelta. 'No encuentro a Beria. Tendrá que buscarlo usted mismo'. Pasó otra media hora. Llamó Beria: 'No le diga a nadie de la enfermedad de Stalin, y no llame a nadie'."

P. Lozgagev apunta: "Me senté a la cabecera de Stalin yo mismo, completamente deprimido por mi desamparo. Starosin seguía corriendo de aquí para allá, fastidiándome con que llamara a los jefes. ¿A quién se suponía que llamara? Ya todos los que necesitaban saberlo lo sabían. Esa noche me resultó muy pesada; parecía interminable. Cuando amaneció mis sienes se habían vuelto grises. Me quedé ahí, solo.

"Las dos de la mañana: aún no había doctores. A las tres, 2 de marzo, oí que un coche se acercaba. Me sentí mejor: creí que 'al fin habían llegado los médicos y podía dejar a Stalin en sus manos'. Pero me equivocaba: eran Beria y Malenkov.

"Beria entró sin fijarse en nadie. Los zapatos de Malenkov crujían: se los quitó y entró en calcetines, con los zapatos bajo el brazo. Los camaradas se detuvieron a cierta distancia del paciente y se quedaron ahí en silencio un momento. De pronto, Stalin roncó ruidosamente. '¿De qué se asustan tanto?' me dijo Beria. '¿No ven que el Camarada Stalin duerme profundamente? Cállese y dejen de molestarlos, y dejen de molestar al Camarada Stalin'.

"Traté de decirle que el Camarada Stalin estaba gravemente enfermo y requería atención médica de urgencia. Pero los camaradas no querían escuchar y se fueron a toda prisa. Beria maldijo a Starosin. Las únicas palabras suyas que puedo transcribir aquí fueron: '¿Quién diablos puso a estos tarados a trabajar para Stalin? Luego, Malenkov y Beria se fueron."

Ninguno de los allegados a Stalin quería salvarlo. Todos querían que muriera. ¿Tenían miedo? ¿Paranoia? ¿O no era más que la apreciación sensata y equilibrada de la situación? ¿Simple instinto de supervivencia?

En Beria, Stalin encontró la horma de su zapato. Beria era más astuto y malicioso no sólo que sus antecesores sino que el mismo Stalin. Todos los guardias de Stalin habían sido escogidos por Beria. Cuando Stalin murió, se supo que su departamento del Kremlin y sus dachas estaban llenas de micrófonos ocultos, que sus conversaciones habían sido grabadas, y que todas las cintas se habían enviado a Beria diariamente. Puede que Stalin lo haya sospechado, pero difícilmente podía haberlo confirmado. Beria, sin embargo, estaba pendiente de cada

palabra proferida por Stalin. Stalin cayó en una trampa que él mismo había diseñado para sus enemigos, tanto reales como imaginarios, con la ayuda de Beria y sus cómplices.

Durante la glasnost, los medios de comunicación soviéticos se llenaron de rumores de que Stalin había sido asesinado a fin de cuentas por Beria. Sea cierto o no, era Beria el único que tenía de veras oportunidad de enterarse de las intrigas de Stalin en contra suya y adelantárselas. Y no puede negarse que en este aspecto el Kremlin no era bastante grande para los dos. El tirano podía ser asesinado o ver su muerte adelantada, sólo por un nuevo tirano como él mismo.

Lozgagev cuenta que los doctores llegaron entre las nueve y media y las diez, es decir, sólo al día siguiente: diez horas después de que los guardias habían encontrado a Stalin tirado en el piso: "El reloj dio las cuatro, las cinco, las seis, las siete a.m. Aún no llegaba la ayuda médica. Parecía una traición. Jushiov llegó a las siete treinta y dijo que los doctores del hospital del Kremlin estaban en camino."

Svetlana Alliluyeva, que fue llamada más tarde, recuerda que ninguno de los doctores era conocido. Era la primera vez que veían al paciente, lo que era comprensible: todos los médicos del Kremlin estaban tras las rejas para entonces. No debe sorprendernos que los doctores recién llegados trataran a su augusto paciente con un temor místico.

Jushiov recuerda: "Bien, les dijimos a los doctores que fueran a ver a Stalin y averiguaran cuál era su estado. El profesor Lukomsky se acercó a Stalin con cuidado. No me extrañó. Quiero decir que tocaba la mano de Stalin como si fuera un hierro candente, temblando un poco. Beria dijo bruscamente: '¿Es usted un doctor, o qué? Es un paciente, tómele la mano'."

Lozgagev: "Los médicos estaban enormemente nerviosos. Sus manos temblaban muchísimo, no podían quitarle la camisa al paciente y tuvieron que cortarla con tijeras. Luego de echar un vistazo, diagnosticaron una hemorragia interna. Empezaron a tratarlo: una dosis de alcanfor, lioxivaciones, oxígeno. Ni pensar en tratamiento quirúrgico. ¿Qué cirujano habría cargado con semejante responsabilidad, cuando Beria no dejaría de hacer preguntas como '¿Garantiza que el Camarada Stalin vivirá?'"

Para entonces todo el país sabía, por los informes del gobierno y de los médicos, que Stalin estaba enfermo. Algunos doctores bien intencionados seguían llamando a la dacha: rogaban que los dejaran ir y aseguraban que podrían curar al Camarada Stalin. Llegaron incluso algunas llamadas del exterior. Un guardia llamado Tukov habla de un médico tan persistente en sus llamadas que Beria acabó por tomar el teléfono y, sin previo aviso, ladró: "¿Qué demonios quiere? ¿Está tramando algo?" El hombre debe de haberse dado cuenta de con quien estaba tratando y colgó inmediatamente.

La única gente en el país que seguía ignorando el estado de Stalin eran sus doctores del Kremlin, puestos tras las rejas por órdenes suyas. Yakov Rapoport dice que fue llamado al despacho del investigador que le habían asignado para una consulta más bien que para un interrogatorio. "¿Qué es la respiración de Cheyne-Stokes? ¿Cuándo ocurre? ¿Cómo se elimina? Si ha sido diagnosticada, ¿puede mejorar el paciente?"

Todo el pueblo soviético, jóvenes y viejos, sabían ya lo que era la respiración de Cheyne-Stokes (también conocida como "de marea"), debido a los informes médicos sobre el estado del Camarada Stalin. El doctor Rapoport, que ni siquiera sospechaba la identidad del paciente, explicó diligentemente

las causas y los efectos de la respiración de Cheyne - Stokes a su investigador. Este último apuntó las respuestas, completamente imperturbable, y preguntó finalmente si Rapoport podía recomendar a algún especialista prominente que tratara este grave estado. Rapoport respondió que no sabía cuál de los especialistas de alto nivel no estaba ya tras las cuñas, y puso al investigador en un aprieto: bajo ninguna circunstancia debía saber el prisionero lo que ocurría afuera.

Luego de una pausa, el investigador repitió la pregunta. "Vinogradov es un doctor excelente", dijo Rapoport, "pero ustedes lo han detenido. Vovsi también es espléndido, pero también está detenido. Ettinger es muy buen médico pero, una vez más, lo han detenido. Los dos Kogan son buenos, pero uno murió en prisión y al otro lo han detenido. Si necesitan un neurólogo, Greenstein es el mejor neurólogo clínico que tenemos, pero también lo han detenido. Si se trata de un otorrinolaringólogo, yo recomendaría a Preobrazhenko o a Felmant —pero también los han detenido." Luego resultó que también los otros doctores arrestados habían sido consultados... es decir, aquellos que todavía podían hablar después de la tortura.

Mientras tanto, en Kuntzevo la situación llegaba a su fin. Junto a Svetlana, llamaron también a Vasily, el hijo de Stalin. Había llevado consigo algunas cartas de vuelo, temiendo que su padre quisiera probar una vez más su capacidad: había sido hecho general de la Fuerza Aérea, con dos estrellas, para entonces. Como de costumbre, estaba achispado y al enterarse de que Stalin había tenido que esperar medio día la asistencia médica y de que no se había realizado ninguna cirugía, comenzó a aullar: "¡Ustedes mataron a mi padre, hijos de puta!"

Los miembros del Politburó se turnaban por parejas para vigilar a Stalin. La pareja de Jruschiov fue Bulganin, y Jruschiov recuerda que discutieron los cambios que habría en el gabinete tras la muerte de Stalin. Malenkov y Beria deben de haber discutido el mismo asunto cuando llegó su turno. Así como Stalin había temido las intrigas de sus aliados y había trabajado para adelantarse, ahora ellos conjuraban unos contra otros, formaban coaliciones y planeaban estrategias. Ya no temían a Stalin; se temían unos a otros. Habían sido portadores del virus paranoico del Kremlin durante mucho tiempo y la muerte de Stalin no lo liberaría de él: lo llevarían consigo hasta la tumba.

Eran demasiado impacientes para esperar la muerte de Stalin y tomar el poder antes de que soltara su fantasma. Hasta tuvieron tiempo, mientras Stalin sufría los dolores de la agonía, de llamar a una reunión conjunta en el Kremlin del Comité Central, el Consejo de Ministros y el Soviet Supremo, y anunciar la distribución de los puestos hasta entonces ocupados por Stalin solo. El escritor Konstantin Simonov, que estuvo en la reunión, recuerda que los camaradas de Stalin ni siquiera se preocuparon por disimular su emoción: "Parecían niños con juguete nuevo".

Una vez anunciado su ascenso al poder, volvieron a toda prisa al lecho de muerte del tirano. Beria estaba más inquieto y nervioso que los demás. A Svetlana Alliluyeva le pareció indecente su comportamiento: estaba emocionado hasta no poder más y su rostro se veía alterado a cada momento por las pasiones que buscaban salida. "¿Cuáles eran sus pasiones? La ambición, la crueldad, la malicia y el poder, el poder, el poder... En ese momento decisivo, se esforzaba enormemente en llevar las cosas por el rumbo adecuado —que no estaba tan claramente perdido, pero de todos modos estaba perdido. Se le veía en el rostro, cuando se acercaba a la cama y escupía

a la cara del paciente. De vez en cuando, el Padre abría los ojos, pero había estado inconsciente o prácticamente inconsciente. Beria aparecía con los ojos nublados: hasta el último momento apareció como 'el más leal, el más atento'."

Jruschiov da una descripción más acabada de la conducta de Beria en el lecho de muerte de Stalin (pero todo su recuerdo es más inteligente que el de Alliluyeva): "en el momento en que Stalin cayó enfermo, Beria se llenó de rabia contra él. Lo insultaba y se burlaba de él. Yo no soportaba escucharlo.

"En el momento en que Stalin mostraba signos de recobrar la conciencia, cuando parecía claro que quería levantarse y curarse, comenzábamos a estrechar su mano. Beria corría al lado de Stalin, nos arrebatava su mano, la cubría de besos. Cuando Stalin caía de nuevo inconsciente, Beria se levantaba y le escupía. Ése era Beria. Traicionero incluso con Stalin, para quien parecía trabajar, y al que le escupía al menor descuido".

Jruschiov cuenta también que mientras los doctores tomaban una prueba de orina Stalin trató de cubrirse, mostrándose inquieto: "Parecía dar señales de que estaba alerta".

No hay un testimonio jurado, solamente varios testigos, cuyas versiones del mismo acontecimiento pueden ser considerablemente divergentes. Stalin entró en una horrible agonía, sobre todo en sus horas finales, cuando su tez se oscureció, sus labios se hincharon y ennegrecieron, sus rasgos cambiaron hasta hacerse irreconocibles. Respiraba muy levemente —tenía todos los síntomas del síndrome de Cheyne - Stokes, causado por una hemorragia cerebral total. Y luego, según su hija, en cierto momento, casi al final, abrió de pronto los ojos y miró debilmente a la multitud que rodeaba su lecho de muerte.

"Era una mirada horrible", escribe Alliluyeva, "llena de locura, o de horror ante la muerte y las caras extrañas de los doctores que se inclinaban sobre él. Y luego —fue tan inexplicable como horripilante, no sé bien si una cosa o la otra, pero no lo olvidaré nunca— levantó su mano izquierda, que aún podía mover, y no sé si señaló vagamente por encima de nosotros o nos amenazó a todos. El gesto era incomprensible pero amenazador, y no sé a quién o a qué se dirigía. Un momento después su alma, con un esfuerzo final, se libró de su cuerpo".

He aquí como describe Jruschiov la misma escena: "En algún momento del día, no recuerdo exactamente cuándo, Stalin pareció recobrar la conciencia. Puedo decirlo por su expresión, aunque él no podía hablar. Levantó su mano izquierda y señaló hacia la pared o hacia el techo. Una especie de sonrisa se dibujó en sus labios... ¿Saben a dónde señalaba? Había un cuadro en la pared, una reproducción de un cuadro recortada de la revista *Ogonyok*. Una niñita alimentaba a un cordero en un promontorio. En esa época Stalin era alimentado con una cuchara y es posible que haya estado señalando el cuadro y tratando de sonreír: Miren, soy como ese corderito..."

La descripción de Jruschiov es quizá más digna de confianza. Alliluyeva escoge la manera típica de describir la muerte de un tirano, empleada en la literatura desde tiempos inmemoriales, de las crónicas medievales rusas a los dramas históricos de Shakespeare. El futuro denunciador de Stalin trató al tirano que fallecía como a un ser humano y explicó su último gesto en términos humanos.

Ninguno de los aliados de Stalin fue en su ayuda o llamó a un médico. Y cuando los médicos llegaron, era demasiado tarde.